

Historia crítica de la literatura argentina

La lucha de los lenguajes, dirigido por Noé JITRIK, volumen 2 de Julio SCHVARTZMAN (dir.).

Buenos Aires: Emecé Editores, 2003: 657 páginas.

El segundo volumen (cuarto en orden de publicación) de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* cifra en su título una idea clave que permite vislumbrar la dinámica de la cultura literaria durante un período que abarca básicamente desde la década de 1830 hasta la conformación definitiva del Estado Moderno en 1880. La lucha, en su modalidad de guerra de facciones, ocupa entonces todo el espacio de la patria, no sólo hasta Caseros o Pavón, sino también, con nuevos nombres y actores, a lo largo de la llamada Organización Nacional hasta la presidencia de Nicolás Avellaneda.

Ahora bien, la pugna a la que alude el título tiene como protagonista, no a los sujetos históricos de manera directa, sino a los lenguajes que esos sujetos utilizaron y pusieron en circulación a través de sus obras. No se enfrentaron solamente cuerpos en esas batallas, no solamente pelearon, huyeron, amenazaron, asesinaron, conspiraron, se exiliaron los autores y, en la ficción, los personajes, sino que antes y a la par de esas batallas el conflicto en la esfera de lo simbólico se jugó en la elección de una manera particular de decir, en el hallazgo de un registro y un formato discursivo, en la invención de un público, un género y un tono, en el uso de una palabra. A partir de ese título queda planteada la dinámica de la cultura "letrada" del período como una arena en la que, siguiendo la imagen de Bajtín, los contendientes aspiran al poder, y confían en un poder hacer, al apoderarse de las palabras. Y si bien sabemos que esta lucha de lenguajes no es privativa de una u otra época, sino que acompaña a la historia del hombre parlante, es adecuado utilizar la expresión en este caso por dos razones: en primer lugar remite al clima bélico que marcó de manera indeleble y fundante aquel período de nuestra historia y, por otro, permite desestabilizar una imagen de lo literario como superficie homogénea, lenguaje específico y territorio delimitado de una vez y para siempre, que obras canónicas de la historia literaria argentina han pretendido al manejar una idea de literatura que resultaba anacrónica para describir los sujetos, los procesos y los productos de la creación literaria en el siglo XIX.

En este sentido, es importante destacar que de diversas maneras, este volumen desestabiliza el concepto de literatura que la crítica tradicional utilizó para la selección y lectura del *corpus* del siglo XIX argentino, momento en el cual la literatura estaba lejos de aparecer con perfiles nítidos y autónomos en tanto que los autores difícilmente se veían a sí mismos como literatos, asumiendo en todo caso para sí el rol de publicistas en un actividad cada vez más ligada al diario. Me refiero en particular a una historia de la literatura que había estimado como soporte privilegiado de la escritura al libro, lo cual resultaba altamente problemático para una producción literaria que se produjo y se difundió inicialmente en forma de folletines o en gacetas, periódicos, revistas, hojas sueltas, etc. y cuyo formato fue, en última instancia, el libro.

Creo que en este sentido se puede hablar de una "historia crítica", como reza el título general de la obra, de los ensayos historiográficos anteriores poco preocupados por tener en cuenta elementos insoslayables de la dinámica cultural del período, tales como la difusión de la prensa periódica y su influencia en la producción literaria, la configuración de nuevos públicos ligados a incipientes procesos de alfabetización y aplicación de nuevas tecnologías de la comunicación, la emergencia de voces femeninas en el ámbito público, el desplazamiento de géneros discursivos, y la transformación a lo largo de esos años de una idea de literatura que se entreveraba en los pliegues de la política y se sometía a los mandatos que la convertían en vehículo precioso de la nacionalidad.

Esto a su vez da cuenta del impacto de las corrientes críticas que se han impuesto en los últimos veinte años en el campo literario. Los trabajos que conforman el volumen trasuntan esas nuevas formas de abordar, tanto obras consagradas y canónicas (se leen los bordes, las tachaduras, los borradores y a partir de allí se convocan nuevos sentidos que desestabilizan aquello que parecía clausurado, buscando ese punto en donde el texto entra en contradicción consigo mismo), como nuevas textualidades (la historiografía, el discurso jurídico o epistolar, el relato de viajeros, la escritura de mujeres) que se acercan al campo literario y entran en él por cuanto trabajan con procesos de ficcionalización tanto o más poderosos y eficaces que los de la literatura propiamente dicha (aunque sabemos que ésta ya no pueda ser dicha con propiedad).

Pero veamos ahora cómo se organiza el texto, cuál es la cartografía que exhibe para contar su relato.

El recorrido de la obra no sigue un eje cronológico, ni se atiene a un esquema generacional sino que agrupa los trabajos en núcleos temáticos que van armando una especie de mosaico al abordar diversos textos, fenómenos, procesos y modalidades de escritura, en una dinámica sincrónica, en la que cada elemento, extiende como un rizoma líneas de contacto y referencia hacia los otros textos, formando una red que permite múltiples direcciones de lectura, recorridos en zigzag, en espiral, trayectorias inesperadas que podemos organizar con el material.

Al mismo tiempo, esos módulos temáticos conforman ejes o vías de acceso a las diferentes escrituras del período. Propongo a continuación un recorrido de lectura que altera el orden que figura en el índice, desplaza el contenido de esos módulos, se detiene en aquellos trabajos que considera merecedores de glosa y comentario y en algún caso reagrupa, según otro criterio trabajos que se consideran "desubicados" en los módulos en los que han sido incluidos:

0) Panorama preliminar

Partamos de un texto que se encuentra en el centro mismo del volumen integrando el módulo sobre "Textos e instituciones". Jorge Myers, en "'Aquí nadie vive de las bellas letras'. Literatura e ideas desde el Salón Literario a la Organización Nacional", describe, desde una perspectiva panorámica que conjuga historia y sociología de la cultura, los rasgos de la esfera literaria, desde 1837 hasta 1880. Intenta develar cuáles son las ideas acerca de la literatura y el lugar que ésta debe ocupar en la cultura nacional, que circulan con mayor fuerza en ese período que no se presenta como un bloque homogéneo sino que reconoce diversas etapas. Reconoce, sin embargo, como rasgo constante la subordinación de la literatura al debate y las luchas políticas del período y su imposibilidad de conformarse en esfera autónoma, situación que coloca al ensayo, al panfleto de ocasión y a los libros de historia como centrales en esta constelación literaria. Por otra parte, da cuenta de las grandes cuestiones que animaron la discusión intelectual entre 1852 y 1880, y en ese marco refiere como principal hecho intelectual a la recepción de la teoría de la selección natural de Darwin y la obra de algunos de sus epígonos, impacto temprano que en las décadas siguientes se amplificaría. Por último, son interesantes sus observaciones sobre el

campo de lectura que se ha ampliado después de Caseros con un público mayormente femenino.

Resulta pues este trabajo una buena puerta de acceso por su carácter sintético y panorámico para entrar en materia.

1) Entre lo culto y lo popular

La poesía gauchesca aparece específicamente en dos módulos, bajo los títulos “Voces, guerras y escenarios” y “Una pena extraordinaria”.

En “La guerra gauchipolítica”, Nicolás Lucero aborda la gauchesca de la guerra civil, momento en que la lógica bélica del género se desplaza al enfrentamiento entre gauchos (federales y unitarios), aquello que Josefina Ludmer ha catalogado como “escándalo del género”. Al analizar la gauchesca rosista en la obra de Luis Pérez se pone de manifiesto la importancia del periodismo como institución que va a moldear de manera profunda el género gauchesco en este período: el análisis de la emergencia de la figura del “gaucho metido a gacetero” es una de los aportes más originales del trabajo, en el que se hace una lectura de aquella producción señalando los posibles desvíos en una escritura panfletaria que se quiere apologética y monológica a primera vista.

Pablo Ansolabehere en “Ascasubi y el mal argentino” lee al poeta gauchesco antirrosista Ascasubi desde la idea de “extensión del mal” y en contraste con lo proclamado por Sarmiento en el *Facundo*, obra en la que distinguía un mal visible, hecho hombre en Rosas, y un mal estructural que aquejaba al país, la barbarie. Ascasubi se alejaría de Sarmiento por cuanto la barbarie no recibe tal nombre en su obra ni involucra los mismos elementos que identifica el escritor sanjuanino. Aparece la figura del “gaucho liberal” que se opone al “gaucho malo”, poniendo el acento en el adjetivo y no en la condición de gaucho de los personajes: “En Ascasubi, la barbarie se origina y concentra en el rosismo, que se transforma en una usina de gauchos malos. La maldad es un hombre, su partido y su máquina infernal” (42).

La lectura de Ansolabehere ejemplifica lo que no pocos artículos del volumen pretenden hacer, esto es, deconstruir una imagen compacta y homogénea de las obras, tratando de ver aquello que contradice lo que aparece a simple vista en una mirada superficial y canonizada de los textos.

Por último, en "La vida color rosao. El Fausto de Estanislao del Campo", Claudia Román señala que el *Fausto criollo* permitiría entrever de qué manera se experimentaron los procesos de modernización en el Río de la Plata, durante la segunda mitad del siglo XIX. Inserto el poema en la serie de la gauchesca, la autora señala dos aspectos innovadores en esta obra: por un lado, la risa y el humor se distancian por primera vez de la dimensión política-partidaria, por el otro, Anastasio el Pollo descubre para la literatura argentina la potencia de una lectura desacralizada de los "clásicos" y abre el camino, de este modo, a una productividad textual de la que serían herederas las lecturas desviadas de Borges (79).

En este eje habría que agregar el trabajo de Leónidas Lamborghini "El gauchesco como arte bufo", ubicado, con un criterio incierto, bajo el módulo "Emergencias". Lamborghini lee en clave bufa y paródica el género gauchesco, como burla ya sea del Sistema o de una "alta cultura" que lo representa. Si bien esto resulta evidente en el *Fausto criollo* no lo sería tanto, y aquí aparece el desafío del autor, en *Ascasubi* o el *Martín Fierro*. El poema de Hernández vendría a ser entonces, según Lamborghini, no el poema épico que quisieron Lugones y Rojas, sino una parodia que imita equívocamente la épica clásica, poniendo como héroe a un bufón.

El módulo que lleva por título "Una pena extraordinaria" reúne tres artículos sobre el poema de José Hernández.

Elida Lois, en "Cómo se escribió el *Martín Fierro*", aplica la crítica genética al poema de Hernández. Para ello, se cotejan pre-textos de la obra con las sucesivas ediciones que se hicieron en vida del autor y en esta minuciosa lectura se entrama la genética textual de la *Ida* y de la *Vuelta* con el contexto de situación de ambos textos; para intentar una explicación a las modificaciones que el autor fue imponiendo a su obra, modificaciones significativas que remiten tanto al proceso de relectura-reescritura en diferentes momentos de la trayectoria pública del autor como a la tensión entre cultura alta y cultura popular.

Julio Schwartzman, por su parte, en "Las letras del *Martín Fierro*", invita a pensar la gauchesca no como un medio homogéneo sino como un campo de tensiones, y lee el poema de Hernández desde los movimientos y desplazamientos internos del texto, entre la *Ida* y la *Vuelta*, que remite y se relea a sí mismo, en ese tránsito problemático que va de 1872 a 1879. Si Lamborghini leía el poema en clave paródica, aquí el autor señala la aparición de la veta lírica en el

género (no épica), con un acento de fuerte subjetividad, al aparecer el gaucho cantando su “pena extraordinaria”, que “es extraordinaria en el género” (230).

Por otra parte, tres núcleos semánticos se analizan en el poema: la noción de trabajo, la política y la visión del indio. En este punto, este trabajo confluye con el de Jens Andermann, sobre los “textos de la frontera”. El *Martín Fierro*, leído desde este *corpus* y este *locus*, adquiere una significación diferente, que amplifica e ilumina sentidos comunes y naturalizados, por lo tanto, invisibles, que dieron la base común ideologemática, más allá de los conflictos aparentes, a la literatura del XIX, que en toda su extensión proteica, acompañó y preparó el terreno imaginario para que la “solución final” de la conquista del desierto pudiera llevarse a cabo y pensarse como una gesta necesaria, inevitable y justa.

Raúl Dorra, en “El libro y el rancho. Lecturas del *Martín Fierro*”, propone una historia de las lecturas del poema de Hernández, entre ellas las más conspicuas y famosas, de Lugones, Rojas y Martínez Estrada, a las que agrega la mirada ya insoslayable de Borges. Estos serían los momentos más trascendentes en la recepción del poema, no por ser los más justos y correctos, sino por la perdurable influencia que esas lecturas tuvieron como motores de aceptación o de rechazo, constituyendo una manera de reescribir el poema y de transfigurarlo.

La pregunta final de Dorra, sobre la tendencia de las lecturas actuales que se centran en los enigmas y desafíos del propio texto, estaría en la dirección general de la obra que apuntamos antes, en el sentido de la práctica de lecturas críticas que desestabilizan, desde distintos flancos, los íconos nacionales de una cultura, despejando el barniz homogéneo y transparente que las capas acumuladas de lecturas anteriores fueron imponiendo en los textos.

2) Nuevas y viejas estéticas

El módulo “Emergencias” aborda textualidades novedosas como la novela “política” o “histórica” (el artículo de Sandra Gasparini sobre *Amalia*), la emergencia y la consolidación del sujeto imaginario en la poesía romántica, desde Echeverría a Rafael Obligado, y la consolidación de un proyecto de crítica literaria en la obra de Juan María Gutiérrez.

Resulta interesante la lectura de la obra de Mármol de Sandra Gasparini, “En la orilla de enfrente: *Amalia*”, en cuanto hace hincapié

especialmente en el proceso de escritura que va del folletín publicado en el periódico *La semana* en Montevideo, y que queda inconcluso por los acontecimientos que en 1851-1852 están ocurriendo en la otra orilla del Plata, y la publicación de *Amalia* como libro en 1855. Mientras que en el folletín, aparecen la voz y la mirada del proscrito cuya pluma debe cumplir la misión santa de luchar contra el Tirano, en el libro el imperativo de conciliación llevará a atenuar no pocos de los ataques a personajes reales que aparecen en la novela. En todo caso, esto lleva a la conclusión poco novedosa acerca de la falta de autonomía de las esferas literaria y política en la cultura argentina del siglo XIX.

Jorge Montealeone, en "La hora de los tristes corazones. El sujeto imaginario en la poesía romántica argentina", tiene la capacidad de manejar con destreza una matriz nocional que incluye el sujeto imaginario, el sujeto social o simbólico, el sujeto lírico y el sujeto romántico, para describir la serie de la lírica romántica en la poesía argentina que va del regreso de Echeverría (1830) y la publicación de sus primeros poemas hasta la publicación de las poesías de Rafael Obligado (1885), serie que pone de manifiesto el conflicto entre lo público y lo privado, y una tensión permanente en la que las figuras del hermético individualismo melancólico, propias del sujeto lírico romántico, se contradicen con la abierta sociabilidad pública, que las particulares circunstancias políticas bajo las cuales se desenvuelve la serie, imponen a los autores. En esa serie, se incluye además a José Mármol, a Ricardo Gutiérrez (se lee de manera provocativa su poema "gauchesco" *Lázaro* de 1869 para conjeturar que antes de la aparición del *Martin Fierro*, el gaucho ya había sido idealizado como héroe arquetípico en la poesía lírica romántica), a Olegario V. Andrade, cuyo imaginario articuló por décadas la retórica de la nacionalidad argentina, y a Carlos Guido y Spano. Por último, con Rafael Obligado, cincuenta años después del regreso de Echeverría, y de manera anacrónica, se concreta en plenitud el sujeto romántico: el sujeto imaginario asume la nostalgia, el recuerdo, la memoria concreta de la experiencia vivida para transfigurarla artísticamente.

Por último, en "La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez", Adriana Amante analiza la conformación de una crítica y de una historia de la literatura argentina, tal como fuera propuesta por los hombres de 1837, en la obra de Juan María Gutiérrez quien organiza el *corpus* de la literatura nacional, previa a la organización del Estado

El texto no sólo revisa la obra de nuestro primer crítico literario sino que despliega a través de los subtítulos, y como modo oblicuo del homenaje, los títulos clave de la crítica argentina de la segunda mitad del siglo XX cuya lectura está operando no sólo en este trabajo sino en todos lo que componen el volumen: "El texto y sus voces", "Un tratado sobre la patria", "Muerte y resurrección del *Facundo*", "Crítica y ficción", "Ensayos argentinos" y "La literatura autobiográfica argentina" son los subtítulos que se suceden en el relato que analiza los diferentes aspectos de la obra de Gutiérrez. De la "crítica como proyecto" que enuncia el título a la crítica de las últimas décadas que ha marcado formas de leer y de historizar su objeto de estudio.

3) Las versiones del Estado narrador

En el módulo "Textos e instituciones" se entrecruzan, entre otros, el discurso filosófico, jurídico y literario de Alberdi (Adriana Rodríguez Pérsico: "Juan Bautista Alberdi: nación y razón"), una lectura "literaria" y con cierta clave de género, de la obra capital de Dalmacio Vélez Sarsfield, el *Código Civil de la República Argentina* (Juan Carlos Balerdi: "Propiedad, mujeres y ficciones. El Código Civil"), los debates acerca de la historiografía que protagonizan Bartolomé Mitre y Vicente F. López (Roberto Madero: "Política editorial y géneros en el debate de la historia. Mitre y López") y un análisis de los textos de la frontera en los momentos preliminares e inmediatamente posteriores a la "Conquista del desierto", como "documentos de barbarie" (Jens Andermann: "Crónica de un genocidio: últimas instantáneas de la frontera").

Una de las ideas más atrayentes de este último trabajo es la afirmación inicial según la cual los textos de la frontera no son tales por una mayor o menor relación mimética con un proceso histórico (la ocupación del desierto) sino que son ese proceso histórico, al menos si incluimos en el *corpus* las demás tecnologías de visualización, clasificación y contención del espacio anexado, como la cartografía, la fotografía o los museos. La lucha por el espacio se libra tanto en, y con, estas formas de territorialización como en el campo de batalla (356).

A partir de esa constatación, Andermann lee la *Vuelta de Martín Fierro* (nuevamente ese hiato y ese regreso convocan la mirada crítica) sobre el fondo de esa guerra moderna de exterminio que fue la Conquista del Desierto y señala que Hernández reescribe esa

violencia sorda y masificada como violencia purificadora e iniciática. Para restablecer el orden de la familia y del trabajo honrado, es necesario un sacrificio ritual (la muerte del indio) y un rito de pasaje (atravesar la frontera). La frontera, lugar de máxima libertad en la *Ida*, es condenada en la *Vuelta* como lugar de monstruosidad moral, como infierno, es el espacio liminar donde esta transición se opera mediante el sacrificio ritual de los otros "demonizados" (359).

El ciclo de la frontera viene a reemplazar a la literatura romántica del desierto y lo hace subordinándose por entero a los imperativos de lo militar. Y cuando lo militar se desvanece, una vez desocupado el territorio, aparece el texto del positivismo, en la obra, ahora científica, de Estanislao S. Zeballos, que vuelve al desierto para disecar los cadáveres aún frescos del enemigo, y en la recuperación paisajística de la Patagonia que efectúa en sus viajes exploratorios el Dr. Francisco P. Moreno, una suerte de confirmación experimental del poder absoluto sobre la vida y la muerte que se ha autoatribuido la nueva elite positivista.

También el Estado es narrador en otro texto fundamental de la frontera, *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla. El trabajo de Cristina Iglesia "Mansilla, la aventura del relato" fue incluido bajo el módulo de "Figuras", pero creo que sería pertinente leerlo dentro de este apartado en el que se comentan los relatos del Estado. Si bien la primera parte del artículo está dedicado a analizar la construcción que Mansilla hace de su propia imagen como personaje original, excéntrico y ubicuo, la autora realiza una esclarecedora lectura de *Excursión*, texto que es en sí mismo una frontera y un escándalo puesto que construye el despojamiento del desierto como el lugar idealizado del deseo, sin invertir la dicotomía civilización/barbarie, sino proponiendo como héroe un sujeto civilizado, representante del Estado, que elige la inestabilidad de la barbarie como sustento de su escritura (557).

Roberto Madero, en "Política editorial y géneros en el debate de la historia. Mitre y López", aborda el debate intelectual que sostuvieron entre 1880 y 1886 Bartolomé Mitre y Vicente F. López, dos figuras centrales de la historiografía argentina, que disputaron sobre los hechos y los hombres del pasado nacional, polemizaron sobre las fuentes históricas, sobre el modo de escribir historia y sobre los medios más adecuados para canalizar esa escritura: los diarios, las revistas o los libros.

El autor analiza el desarrollo de la polémica en los diversos géneros y formatos bibliográficos que adoptó: artículos, ensayos, novelas, relatos históricos, editoriales. Sin embargo, no ha tenido en cuenta la importancia que comienza a adquirir por aquellos años en que se desarrolla la polémica, la producción de manuales de historia para uso escolar, que será uno de los formatos privilegiados que el Estado utilizará para difundir una conciencia nacional en las nuevas generaciones. En el proceso de formación y consolidación del Estado-Nación, la construcción de una imagen de la Argentina, común a sujetos sociales heterogéneos, debía apelar a la historia como portadora de un saber sobre los orígenes, los paradigmas fundantes y la marcha inexorable hacia un presente considerado como la lógica continuación de las epopeyas pasadas, y en esa perspectiva será sumamente importante el rol acordado al manual de historia. Hay dos textos destinados a la enseñanza de la historia para el nivel medio escritos en las dos últimas décadas del siglo XIX y cuya escritura responde precisamente a cada uno de los modelos historiográficos sostenidos en el debate: las *Lecciones de Historia Argentina profesadas en el Colegio Nacional de la Capital*, de Clemente Fregeiro, seguidor del método erudito y documentalista de Mitre, publicadas en 1886; y el *Manual de la Historia Argentina* de Vicente Fidel López, editado en 1896. Este último en particular, a pesar de sus inexactitudes y parcialidades, tuvo un éxito insospechado y se siguió reeditando hasta mediados del siglo XX. Las inexactitudes del *Manual* no disminuyen el interés por un relato bien contado, en el que el narrador se compromete y toma partido sin pretensiones de imparcialidad. Para López la escritura de la historia no se encontraba divorciada de la prosa ficcional, sino que por el contrario ésta era el soporte necesario para hacer revivir el pasado en el discurso.¹

Podemos proponer como lectura previa al texto que acabamos de comentar, el trabajo de Alejandra Laera, incluido en el módulo "Modernidades". En "Géneros, tradiciones e ideologías literarias", la autora analiza los proyectos novelísticos de los hombres del 37, en especial la narrativa histórica de V. F. López y de Mitre. Después de 1852 se produce la reedición como libros de las novelas escritas en el exilio, hecho que funciona, según la autora, como clausura del proyecto. Se produce en ese momento un cambio de género: los dos escritores de novela que más abiertamente habían postulado una misión nacional para el género se inclinan progresiva pero decididamente hacia la narración historiográfica. Es preciso señalar,

sin embargo, algo que no se menciona en el texto: mientras Mitre se aleja metodológica y retóricamente de la escritura de ficción hacia el desempeño moderno de la disciplina historiográfica, López reclamará para el historiador la destreza narrativa del novelista y no renegará al escribir la historia de toda la batería de recursos narrativos que le permitan representar los sucesos con todo el interés y la animación del drama.

Por último, en este apartado también se podría incluir el trabajo de Martín Kohan "Memoria voluntaria, novela involuntaria. Las memorias póstumas del General Paz", que reviste bajo el módulo "Figuras". El autor lee esta obra como una "novela" de aprendizaje y de ascenso social de un joven de provincias, en la afirmación de un "yo" que se construye en términos específicamente militares y bajo la forma predominante de la memoria militar. Desde esta perspectiva puede contrastar las *Memorias* de Paz con esa otra fábula del autodidacta que son los *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento. Sin embargo, esa exitosa definición del "yo" va acompañada de un fracaso al intentar integrar un "nosotros": no logra Paz superar el territorio de la guerra para acceder al de la política.

4) Las voces del periodismo

"Modernidades" agrupa tres artículos, dos de ellos escritos por Claudia Román y dedicados respectivamente a la prensa periódica y a las empresas periodísticas de carácter familiar que fueron comunes en la organización y desarrollo del diarismo en el Río de la Plata.² En ellos queda consignada la importancia que la prensa tuvo en el siglo XIX como archivo y soporte material de la producción escrita, como medio de registro, discusión y divulgación de noticias locales y extranjeras, de documentos oficiales y de panfletos políticos, como espacio donde tuvieron lugar las principales polémicas políticas y culturales, y donde se publicaron, antes que en libro, la mayoría de los textos de carácter científico y literario (441). El proceso de autonomización y de institucionalización de la prensa periódica es revisado en dos publicaciones emblemáticas que se encuentran al inicio y al final del período recortado en el volumen: *La Moda* (1837-1838) y *La Patria Argentina* (1879-1885). Entre ambos "corre una historia que es también la de los modos en que se configura la curiosidad y se construyen ciertos relatos y las inflexiones que permiten convertirlos en acontecimientos y en noticia"(444). Se deja en claro el grado en que contribuyó el periodismo a forjar una idea

de nación, a diversificar al público lector en diarios y revistas destinadas, por ejemplo, a las mujeres y en qué grado interactuó con el espacio de otros discursos y rearticuló el de la literatura.

Sin embargo, el artículo cae en el gesto metonímico que identifica la prensa argentina del siglo XIX con los periódicos publicados en Buenos Aires. Se nombra en algún momento *El Nacional Argentino* como el diario más importante de la Confederación, con sede en Paraná, pero no es objeto de análisis ni se alude a la necesidad de completar el panorama con otras investigaciones que den cuenta de los medios periodísticos en el resto de las provincias, a pesar de que se señala el lugar crucial que empezaba a tener para los estados provinciales el hecho de contar con un medio de prensa (449). Desde esta perspectiva, el artículo habla de un lugar y una situación específicas, circunscripta a la región del Río de la Plata, y deja de lado la dinámica de la prensa periódica en otras ciudades como Paraná, Córdoba, Tucumán o Mendoza, por citar sólo algunas, cuyo análisis permitiría un mapa más complejo sobre la manera en que se imaginaba la nación desde estas otras regiones.

En el artículo siguiente, "Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas", Román recrea la trayectoria de tres familias que organizaron las principales empresas periodísticas del Río de la Plata en el siglo XIX: los Varela, los Gutiérrez y los Mitre, que "constituyen mitos letrados, estrategias de escritura y logros de modernización en muy diferente escala y con diverso grado de eficacia en sus proyecciones futuras" (473).

5) Viajeros, cartas y salones.

Estas son voces que circulan en ámbitos privados o semiprivados: la abundante correspondencia que mantienen los proscriptos durante el gobierno de Rosas, los relatos que elaboran los viajeros, tanto los extranjeros que vienen por distintos motivos al Río de la Plata como aquellos otros argentinos que se internan Tierra Adentro, y una voz femenina que intenta exitosamente desde la prensa y sus tertulias en su casa limeña construir una figura de "autor" legítima en un momento en que las literatas no gozaban de la mejor reputación, conforman la última pieza de este mosaico.

Adriana Amante se ocupa del género epistolar ("Genero epistolar y política durante el rosismo), Claudia Torre de "Los relatos de viajeros", en tanto que Graciela Batticuore reconstruye, en el

salón limeño de Juana Manuela Gorriti, ese primer espacio de diálogo entre escritores reconocidos y escritoras que no tienen por el momento una verdadera adscripción institucional, y analiza la narrativa histórica y autobiográfica de la autora salteña.

Estos son otros tantos lenguajes que han estado sumando tensiones en la arena de la cultura letrada del siglo XIX y que fueron desoídos hasta no hace mucho tiempo. Su inclusión en esta historia nos permite constatar el impacto de nuevas orientaciones de la crítica que, en las dos últimas décadas, han nutrido y renovado el campo de estudio de la literatura argentina del siglo XIX: los estudios de género en una perspectiva postestructuralista, la exhumación de la historia privada en la disciplina historiográfica y la reconsideración de la mirada de la metrópolis en la construcción de imaginarios nacionales poscoloniales son las tendencias críticas que conforman las condiciones de posibilidad para que podamos escuchar hoy estas voces sofocadas.

José Javier Maristany

Instituto de Análisis Semiótico del Discurso
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de La Pampa

Notas

¹ Cfr entre otros Laura Sánchez y José Maristany, "Haciendo memoria: la nación contada en los manuales de historia argentina (1880-1910)". *Silabario. Revista de Estudios y Ensayos Geoculturales*. Córdoba, n° 4, 2001, 111-26; y "La novela de Artigas en el Manual de la Historia Argentina de Vicente F. López". *Quinto Sol. Revista de Historia Regional*. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 4, 2000. Carlos Suárez y Jorge Saab, "La invención de López (El Manual de la Historia Argentina de V.F. López)". *Revista Clio & Asociados. La historia enseñada*, III, 62-74.

² El tercer artículo es el de Alejandra Laera "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional" que comentamos en el apartado anterior.